

aportación de la "nueva Física" a la teoría del conocimiento. Para no citar más que un ejemplo, ahí está la admirable presentación del tema en una obra fundamental de Maravall —la "Teoría del saber histórico"—, en la que pretendía arrimar ese ascua nueva al método histórico. En todo caso, estamos ante una cuestión fundamental en la cultura contemporánea, que, sin embargo, por haberse convertido en moneda corriente, ha pasado de mano en mano hasta desgastarse y, tal vez, hasta hacerse irreconocible.

Ahora, una reedición de la obra de Werner Heisenberg, "La imagen de la Naturaleza en la Física actual" (1), nos depara la ocasión de recuperar esa cuestión, que ya va siendo —o pareciendo— vieja, en su fuente originaria. Heisenberg, en efecto, junto con Bohr, Sommerfeld, Einstein y Planck, entre otros, fue uno de los grandes autores de esta revolución gnoseológica que vino a poner en entredicho el pensar tradicional y, nada menos, la ortodoxia aristotélica.

Pero nuestro interés por la reedición de esta obra sabiamente divulgadora de Heisenberg tiene dos signos. Por un lado, como es lógico, la información de primera mano sobre el alcance real de esta revolución que los descubrimientos físicos contemporáneos tuvieron sobre la teoría del conocimiento en general. Es sabido que, como consecuencia de esa revolución, el aparejo conceptual del pensamiento tradicional —del discurso aristotélico tomista, hielas, derivados y corrupciones— resultó gravemente puesto en entredicho. Por decirlo en obligado régimen de urgencia, resultó imposible sostener, a partir de entonces, la sencillez de las explicaciones "deterministas" de la materia, de su ocurrir y aun de la propia observación, sin violentar demasiado una evidencia que no sólo se imponía en el dominio reservado de los especialistas, sino que, para tribulación de sus usufructuarios, había, además, trascendido al gran público. Pero entonces sucedió algo increíble, y fue que esa llama nueva y precisa pasó de mano en mano y fue transformando su justa silueta hasta desnaturalizarse en bosquejos, resúmenes y parábolas cada vez más "literarias" y cada vez menos reconocibles. La lectura de Heisenberg nos devuelve ahora el alcance y el tono auténtico de la aportación de aquellos físicos al conocimiento científico general y hasta al conocimiento vulgar.

(1) Biblioteca Breve, 1967; ahora en Ariel Quincenal, 1976. Es imprescindible resaltar la excelente traducción de Gabriel Ferraté, que soluciona no pocas dificultades con inteligencia y sabiduría.

Un primer capítulo, con el mismo título general del libro, intenta resumir el concepto de verdad científica subsiguiente a las reflexiones físicas y, tras ello, el destino actual de la filosofía natural. Dicho de otra forma, trata de hacer ver cómo y por qué la idea de verdad objetiva con que habitualmente se mueve el científico, el filósofo y también quien no lo es, no puede ser la misma que aquella que funciona desde los griegos hasta el siglo XIX, pasando por el Renacimiento y el Barroco. Todo intento de resumir este tema resulta inútil, incluso banal; es preciso atenerse al detalle puntual de la aventura de estos físicos para comprender en toda su profundidad lo que representa para el pensamiento general la aportación aludida.

Pero quizá el núcleo de la explicación de Heisenberg está en un segundo capítulo titulado "Física atómica y ley causal", en el que el autor propone reponer en sus estrictos límites las consecuencias que para el estudio de la Naturaleza suponen los hallazgos conceptuales y metodológicos de la Física atómica. Sobre todo, Heisenberg insiste en relativizar la idea de que esos hallazgos cuestionan, hacen tambalearse o llegan a abolir el principio de causalidad. Más que reiterar, como se hace a menudo, esa afirmación, se trataría, siempre según Heisenberg, de comprender cómo los sucesivos descubrimientos físicos han ido estrechando la posibilidad de seguir pensando en el ámbito de las ciencias de la Naturaleza, como si la añeja presunción de que todo acontecer supone una determinante "causa efficiens" —presunción típica del pensamiento occidental, como es sabido, desde los griegos a los posi-

vistas, cruzando por Kant—, es decir, como si la idea de que el acontecer en la Naturaleza estuviese unívocamente determinado fuera cierta.

Y es apasionante asistir al desmontaje de este prejuicio "determinista", a la revisión del concepto de causalidad y a la explicación de cómo la experiencia, en el sentido más hondo y veraz, conduce a una mentalidad nueva, menos segura, menos altanera, que erige el principio de la "regularidad estadística" y extrae las consecuencias de largo alcance —la teoría de cuantos, en último término—, sobre la base estupenda de admitir que tal progreso supone aceptar, ni más ni menos, que el conocimiento incompleto o insuficiente de un sistema puede integrarse en una manera distinta de enfrentar el análisis y, de modo concreto, puede incluirse en la formulación de las leyes matemáticas: no otra cosa es, en esencia, lo que hace la teoría de los cuantos al descubrir que toda ley ha de formularse como ley estadística. Parece a primera vista que se desbarata la certeza, que se retrocede en la "seguridad" de lo conocido, que se hipoteca la rotundidad de lo sabido. Pero es lo contrario, como deducirá el lector de esta obra clave para entender nuestra realidad actual.

Hay que decir, sin embargo, dos palabras sobre un tercer capítulo, en buena medida sorprendente y hasta es posible que paradójico para el lector que llegue hasta él con una idea intelectualmente confiada de su admirable autor. En efecto, a propósito de la educación científica que hoy es posible y conveniente dar a las nuevas generaciones, Heisenberg nos espeta un curioso discurso centrado en una vul-

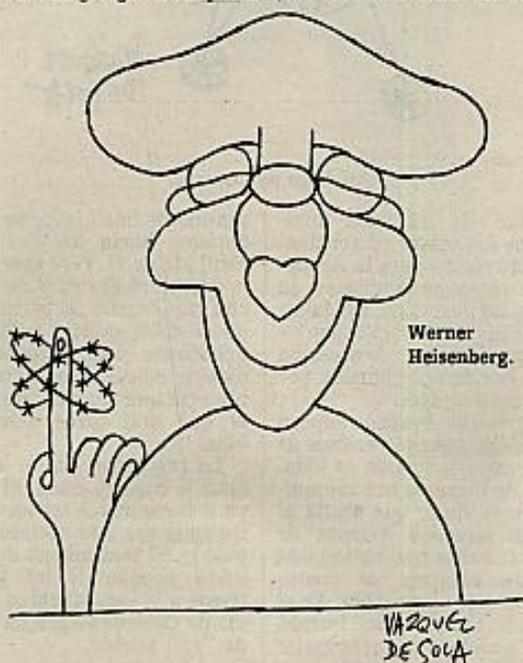
garísima concepción de la Historia y de la realidad de eso que se conoce como "Occidente" —y conste que se refiere a una noción geográfico-política, enfrentada, por si fuera poco, a "la otra", por supuesto, marxista (vid., para acreditar el asombro, la página 55)—, y lo hace con argumentos tan sobados, viejos y puerilmente maniqueos que Spengler, Ortega o el regio senador Marías —sin duda, más originales y legítimamente "literarios", al menos los dos primeros— no los hubieran, en principio, mejorado. ■ JOSE ANTONIO GÓMEZ MARÍN.

Las relaciones internacionales

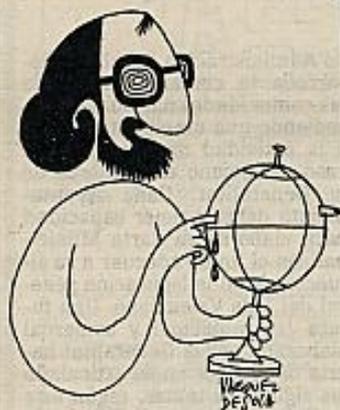
Toda disciplina joven —y el estudio de las relaciones internacionales lo es— tiene siempre dificultades para encontrar su identidad. Definir claramente su objeto de estudio, desarrollar unas técnicas de investigación y una metodología apropiadas y marcar, sobre todo, su autonomía respecto de otras ciencias que, en su afán totalizador, tratarán de invadir su campo, son otras tantas tareas que, en cualquier caso, habrá de afrontar.

Ocurre, sin embargo, que las relaciones internacionales, por la complejidad misma de su contenido, exigen, acaso más que ninguna otra ciencia del hombre, de un enfoque interdisciplinario, y entonces el problema consiste ante todo en establecer un orden jerárquico entre las disciplinas que se disputan la hegemonía e incluso la exclusividad, para reducir las a su justa dimensión de instrumentos de la nueva ciencia. El equilibrio ideal se romperá siempre en favor de una u otra disciplina de acuerdo con la orientación y la procedencia científica del investigador. En el caso de las relaciones internacionales, serán la sociología, la ciencia política, el Derecho internacional, la economía, la historia diplomática, etc., quienes se disputen ese primer puesto en la escala jerárquica interdisciplinaria.

Si dejamos el problema del enfoque y nos centramos en el objeto de estudio de la disciplina, veremos que tampoco aquí existe acuerdo entre los distintos autores. Así, mientras unos consideran que la teoría de las relaciones internacionales debe ocuparse fundamentalmente de las relaciones entre Estados soberanos y organizaciones intergubernamentales o mundiales, otros mantienen que tales estudios deben abarcar también las relaciones entre individuos, grupos y organizaciones no gubernamentales, pero cuya actividad se despliega por encima de las fron-



Werner Heisenberg.



Roberto Mesa.

teras. La influencia en el orden internacional de una institución religiosa como el Vaticano, por no decir nada de las multinacionales, no ofrece ninguna duda. Baste mencionar con respecto a estas últimas la participación de la ITT en la instauración de la dictadura militar en Chile, o los efectos desestabilizadores de la política de las grandes compañías petroleras, acaso junto con la industria bélica, el mayor grupo de presión actuante en Washington. O, en el caso del Vaticano, el peso de una posible declaración oficial sobre, por ejemplo, el eurocomunismo.

A este mundo complejo de relaciones institucionalizadas entre entes políticos soberanos, pero también de contactos entre estructuras económicas y sociales, se ha acercado, desde una perspectiva abiertamente crítica, el profesor Roberto Mesa en un libro que viene a enriquecer la labor "pionera" desarrollada en este mismo campo por otros dos universitarios españoles: Trujol Serra y Medina Ortega (1).

"Toda la concepción del orden internacional —nos dice Mesa— gira en torno a dos ejes: la soberanía de los Estados y la anarquía tradicional", esta última, equiparable al estado de naturaleza hobbesiano. De tal consideración —radicalmente pesimista— del medio internacional han surgido dos grandes corrientes contrapuestas. En primer lugar, la idealista-utópica, heredera del Kant del "Proyecto de paz perpetua", que defiende la supremacía de una moral universal y busca la seguridad colectiva mediante el fomento de una "voluntad de paz general". El pacifismo, el internacionalismo, el federalismo, la defensa de los derechos humanos a escala universal son otras tantas orientaciones de esa doctrina, que tuvo su plasmación concreta en organismos supranacionales como la Sociedad de Naciones y el Tribu-

nal Permanente de Justicia Internacional.

Frente a esa corriente moralista está la llamada escuela del "realismo político", básicamente norteamericana —Morgenthau, Kennan—, pero con notables, aunque más sutiles, representantes en Europa —Aron, por ejemplo—, que mantiene la primacía absoluta de la esfera política y defiende el "interés nacional" como "última palabra en política mundial". Para los pensadores de esta corriente, la paz mundial es consecuencia únicamente de un equilibrio de poder. Es la doctrina inspiradora de la guerra fría, y entre quienes lle-

varon a la práctica sus teorías están Dean Acheson, Foster Dulles y McNamara. El propio Kissinger puede adscribirse a esta tendencia. Mesa recuerda oportunamente la afirmación del ex secretario de Estado según la cual "legitimidad" no tiene por qué equivaler a justicia, sino que "únicamente implica la aceptación del orden institucional por todas las grandes potencias".

Mucho más sutiles y difíciles de atacar, por sus pretensiones de objetividad científica, son los planteamientos sociológicos que sustentan los enfoques behavioristas y funcionalistas de las relaciones internacionales. Pero

tampoco aquí escatima Mesa sus críticas: el funcionalismo, esencialmente antidialéctico, escamotea el conflicto y la contradicción, para fijarse tan sólo en lo que considera pertinente desde su particular perspectiva, es decir, todo aquello que contribuye a la estabilidad, cohesión y perpetuación del sistema, eliminando el resto como "disfuncional". El behaviorismo, por su parte, utiliza la cuantificación matemática de los comportamientos de los diferentes "actores internacionales" para elaborar modelos ideales de conducta a los que atribuye validez universal. Métodos y técnicas empíricas de

Con un pie en el arte

Magius

Si: está bien eso de celebrar, todo lo solemnemente que se quiera, el milenario de nuestra lengua. Y está bien eso de celebrarlo precisamente ahora, cuando toda España está asistiendo a las bodas gozosas con la democracia. Porque de todas las creaciones de la cultura, ninguna hay que pueda aducir razones que sean más profundamente democráticas que las que intervienen en la formación de una lengua. Una lengua es una creación —una lenta conformación— democrática y popular. Está elaborada por todo un pueblo, por sus características y hasta por sus defectos. Por sus defectos también, sí. Mucho de lo que nuestro idioma es se lo debemos, sin duda, a la pronunciación defectuosa del latín erudito de nuestro pueblo, que tampoco era "buen latino" y que así fue elaborando ese "román paladino" que hoy poseemos como instrumento para el habla de todos.

Y está bien eso de celebrar ahora el milenario del idioma, porque, si se quiere —y ello es muy justo— celebrar la creación de todo un pueblo, hay que contar con una fecha. Y si bien no se puede precisar en qué momento la primera palabra latina se convirtió en palabra castellana, por efecto de la consolidación de locuciones defectuosas, se tiene por lo menos una idea mínima del tiempo en que esas transformaciones fonemáticas se fueron realizando.

Yo hubiera deseado, también, que se nos hubiese ocurrido a los españoles la celebración de otro milenario que —ése sí— hubiera contado, si no con fechas definitivamente precisas, con fechas bastante ajustadas a la realidad: el milenario de nuestra pintura; el del pintor Magius. Pues Magius murió en los últimos años de la década de los sesenta del siglo X.

Ya sé que muchos pensarán que nuestra pintura es muy anterior en siglos, y aun en milenios. Y lo pensarán sólo con la simple base de tener en cuenta a ese pintor lítico que pintó los bisontes en la cueva que está cerca de Santillana del Mar. ¿Pero ese pintor era "español"? Mejor dicho: ¿Es que hubo una relación no interrumpida —de aprendizajes, de influencias, incluso de rechazos— entre aquel lejano troglodita paleolítico y nuestros pintores actuales?

El caso de Magius es otra cosa bien distinta. Magius, cuando ilustró los "Comentarios al Apocalipsis", de Beato de Liébana (1), creó un tipo de ilustración figurativa que sirvió no sólo

para sí mismo y para su trabajo, sino para todos los ilustradores de su tiempo. Y que dio la pauta, además, para toda la figuración románica posterior. Téngase en cuenta que cuando Magius inició su obra la pintura figurativa estaba casi perdida en Europa —no sólo en España— tras los largos siglos de "abstracción". La pauta figurativa de Magius en sus ilustraciones a Beato determinó mucho del figurativismo de todos los ilustradores de su tiempo y posteriores, y, sin duda, contribuyó mucho a restaurar el sentido de la figuración en la pintura de aquella época. Emile Male, el gran tratadista francés del arte religioso, le concede una importancia capital a ese figurativismo, el de los "beatos" españoles, y afirma que su influencia fue decisiva en la recreación del figurativismo francés del primer románico, llegando a afirmar que algunas de las portadas de Vezelay y Chartres apoyaban su figuración directamente en páginas de los beatos.

Vistas las cosas desde ahora y con mentalidad de ahora, hay otra cosa que para mí es importante en relación con el problema de Magius: es un nombre, es una persona conocida y definida en una época en que se conocen obras, pero no nombres.

Tendría que venir —seis o siete siglos más tarde— el Renacimiento y, con él, el humanismo para que los nombres —y las formas— se restaurasen para el arte. Para el arte y para todo. Pues bien, en ese desierto sin personalidades, Magius es una personalidad definida.

Esta es otra de las razones que yo tengo en cuenta cuando reclamo para él el honor de la celebración de su milenario. Aun cuando sólo sea la del milenario de su muerte. Claro está que la creación de la lengua castellana es más importante que la creación de las ilustraciones a Beato de Magius. Pero Magius es el creador más importante de la pintura mozárabe. Y eso, aun cuando no revista la importancia del idioma, sí tiene de verdad mucha importancia. La pintura mozárabe, el arte mozárabe en general, también es la creación de todo un pueblo. Y está bien que lo tengamos en cuenta, porque forma parte de nuestro patrimonio. ■ MORENO GALVAN.

(1) Ver TRIUNFO, núm. 722: "Los beatos en Madrid", por Víctor Márquez Reviriego.

(1) "Teoría y práctica de relaciones internacionales". Ed. Taurus, 1977.

alcance limitado se convierten en categorías epistemológicas de carácter absoluto. Bajo su aparente objetividad, esos métodos "científicos" son de facto instrumentos al servicio de una ideología y de un sistema de poder y dominación.

Frente a todo ello —y recogiendo también cuanto de válido hay en la aproximación marxista, a la que el autor dedica varias páginas del libro, desde el doble punto de vista de la teoría, sobre todo en lo que respecta a su crítica del imperialismo, y la práctica, sujeta a las contradicciones entre la necesidad de construir el socialismo a escala mundial y el papel actual de la URSS como gran potencia—, Roberto Mesa aboga, al final de su estudio, por un enfoque sociológico-histórico de las relaciones internacionales. Entendiendo la sociología de un modo crítico, y la Historia, dialécticamente, como "fuente de liberación e instrumento de progreso", que nos permite, sobre la experiencia del pasado, construir un futuro más libre de contradicciones.

"Todas las grandes creaciones científicas y espirituales del hombre —termina el autor— se

han fijado siempre una meta, llamada peyorativamente utopía. Y de no seguir esta orientación, el especialista de relaciones internacionales se convierte irremisiblemente en un 'ingeniero social' del medio internacional". ■ JOAQUIN RABAGO.

Por unos Ayuntamientos democráticos y valencianos

La reciente publicación del libro de Justo Ramírez (1), resultado del trabajo realizado por un colectivo de arquitectos y especialistas agrupado en el Gabinete de Estudios Urbanísticos (GEU), contribuye al debate de la problemática municipal a las puertas de unas elecciones que darán acceso a las Corporaciones a los partidos democráticos. Este libro, que desde sus primeras páginas urge la convocatoria

(1) "Una proposta per uns Ajuntaments democràtics i valencians". Ed. Tres i Quatre.

de estas elecciones, se sitúa, sin embargo, más allá. "La elección por sufragio universal de los cargos municipales es imprescindible, pero no es suficiente para asegurar una gestión al servicio de los vecinos. Estos han de intervenir en la decisión, administración y control de la marcha de los Ayuntamientos, para lo que es necesario crear los medios adecuados, ahora inexistentes". Y la afirmación finaliza con "se trata de que al ciudadano no se le pregunte quién ha de decidir por él durante cuatro o más años, se trata de que la participación ciudadana no se limite al momento electoral".

En este sentido, en la perspectiva de una democracia de participación, a las Asociaciones de Vecinos se les otorga un papel de corrector de la gestión municipal, con una independencia del aparato municipal que les permita ejercer su función crítica aun con fuerzas de izquierda ocupando los puestos de la Corporación. El autor tiene una larga trayectoria de participación en el asociacionismo de vecinos, y trabaja las nuevas alternativas municipales en el campo práctico.

El libro postula una nueva Ley

de Administración Local que desarrolle la comarcalización de las comunidades nacionales concediendo una amplia autonomía a la actividad municipal, en el caso valenciano en el marco de la Generalitat. Cada Ayuntamiento debería tener capacidad para elaborar su Carta Municipal con el fin de adecuar a su situación local la legislación general del País Valenciano. Una futura ley municipal y comarcal elaborada por la Generalitat habría de recoger en su articulado los siguientes temas, según este trabajo: incompatibilidad de cargos, eliminación de los motivos de lucro en los servicios municipales, facilitando su municipalización (un tema importante es pasar el suelo urbano a propiedad del municipio para evitar la especulación), y otros ámbitos de actuación, como vivienda, sanidad, enseñanza, economía doméstica, juventud, tercera edad, pero siempre articulando los mecanismos adecuados a la defensa de los intereses populares en lugar de los capitalistas de la iniciativa privada.

Una propuesta de programa para la ciudad de Valencia es analizado en la última parte, mediante una síntesis de medidas a corto término a niveles comarcal y municipal. Destacan la construcción de un Metro subterráneo en las poblaciones y por la superficie en las zonas no edificables, creación de una empresa intermunicipalizada de autobuses, realización de una autopista que circunvale la comarca sin pagar peaje, así como en el ámbito estricto de la ciudad la elaboración de una Carta Municipal y participación de los vecinos en la concesión de licencias para construir mientras se redacta un nuevo plan general y sus respectivos planes parciales.

El trabajo está realizado desde una militancia de izquierda valenciana, sin conceder ningún trato de favor a las futuras Corporaciones. Su autor comentaba recientemente: "No basta que los partidos de izquierda accedan al poder municipal. Es necesario que el pueblo sienta y viva los Ayuntamientos como una conquista propia, que participe en su gobierno a diario y de forma directa". ■ JAIME MILLAS.

"Cambio"

El gran problema que tenemos es el de "cómo" realizar el cambio que el individuo, la pareja y la sociedad requieren para que el hombre sea más feliz.

Este libro (1) viene a contribuir a la solución del problema, sin por eso pretender nada más que poner un hito en el camino

(1) P. Watzlawick y otros: "Cambio". Ed. Herder, Barcelona, 1975.

Málaga recupera a Pablo Picasso

Málaga, al fin, ha colocado un monumento a Pablo Picasso. El domingo 30 de octubre, la escultura del también malagueño, residente en Verona, Miguel Ortiz de Berrocal se hundía a través de unas arterias-raíces en la tierra madre del pintor universal. Una bandera verdiblanca —"Andalucía libre"— ondeaba en los jardines, que desde ahora se llamarán de Pablo Picasso. Allí estaba Rafael Alberti, como testigo de esta ceremonia, a través de la cual Málaga recupera a aquel niño que naciera en la plaza de la Merced y que nunca perdió ni el acento ni el salitre de esta tierra generosa.

Este debe ser un homenaje que continúe para que el pueblo malagueño, al que se le ha enfrentado y distorsionado la imagen de Picasso, viva más cerca el recuerdo de este andaluz muerto en el exilio. El mismo Bernabé Fernández-Canivell, en nombre del Ateneo, habló del Picasso perseguido y calumniado en su tierra. Rafael Alberti recordó cómo Málaga había estado siempre presente en el recuerdo de Pablo Picasso. Recordamos cómo Litoral fue mal vista porque, en su tierra, dedicaba un número de homenaje al pintor de Málaga y la lucha semiclandestina del Ateneo de Málaga por acercar la imagen de Picasso a su pueblo malagueño. Pero ha habido desde la poltrona del régimen quien convirtió a Picasso en hijo maldito. Y hoy la generosidad del pueblo malagueño se ha desbordado para recuperar limpiamente a su genio,



"Siextasis", monumento a Picasso, de Berrocal.

que, como dijo su primo, Manuel Blasco, nunca perdió el acento de su Málaga. "Contra toda neta propaganda —añadió— hecha contra Picasso de su falta de amor por Málaga, yo puedo desmentirlo categóricamente. En mi última conversación de muchas horas con él en 1968, se emocionaba con los recuerdos que íbamos evocando y me preguntaba por el Perchel y sus chiveas, por el barrio de 'chupa y tira', por el potaje de la coquina, por los pregones..."

Málaga recupera a Pablo Picasso. Deberá continuar estos actos de acercamiento al pintor para romper los cuarenta años de olvido. Para que, como dijo el alcalde de Málaga, Luis Merino Bayona, esto señale un camino nuevo para que Málaga sea una ciudad más libre y más justa. O como señaló Rafael Alberti, para que recordando al hombre que nunca guardó rencor, sirva como símbolo de unión de todos los españoles. ■ A. R. E.